

## LA CRUELDAD DE LA TRAGEDIA

Viene de la portada

Ya nos acercamos un poco más a lo tangible si sacamos el sueño de nuestra mente y lo representamos en la realidad. Verlo representado es una manera de disfrutar de ello, y así hemos llegado al origen de la tragedia. La tragedia, el drama, nos muestran las situaciones por las que no nos atrevemos a pasar debido a su alto precio y nos proporcionan el placer que necesitamos a un precio mucho más barato que el que nos hace pagar la justicia. ¿Qué son 20€ por una entrada de teatro frente a 20 años de cárcel? ¿Qué es ver sufrir a un individuo que está fingiendo frente a causarle uno mismo un auténtico mal? Un pálido reflejo con el que nos conformamos, para bien de todos. Sin embargo, lo que de todo esto se deduce es que los fundamentos del Arte se obtienen de canalizar y sublimizar, para darles una salida social, los bajos instintos humanos. Las desgarradoras pasiones que nos atormentan como a animales son las que hacen nacer la tragedia, el teatro, la pintura, la novela, la música, la danza... Todas las Artes se pueden perfilar como formas de refinadoras de la crueldad básica.

Si Edvard Munch hubiera podido salir a la calle y desfogarse contra el mobiliario urbano y los transeúntes mientras pegaba voces como un energúmeno iracundo, no hubiera pintado *El Grito*. Si Beethoven hubiera sido capaz él mismo de saber lo que se siente arrasando Europa, no hubiera escrito la Quinta Sinfonía. Si Charles Dodgson hubiera podido secuestrar y violar a Alice Liddell a su antojo, no habría pasado su vida reprimiendo su amor por ella, y ahora no tendríamos *Alicia en el País de las Maravillas*. Si Fiódor Dostoievski hubiera asesinado sin piedad a quienes le hacían la vida imposible a él y a su familia, no habría escrito *Crimen y Castigo*. Si Virginia Woolf hubiera podido sacarse de encima a sus doctores victorianos y a la demasiado cariñosa vigilancia de su inútilmente bienintencionado marido, habría vivido feliz en una buhardilla de Bloomsbury en vez de en la insostenible ribera del Ouse y se habría dedicado a hacer de todo en vez de dar vida a *La Señora Dalloway*. Ésta es la pulsión cruel y violenta (pero necesitada de

publicidad) que lleva a muchos asesinos en serie (no mentalmente enfermos) a darse a conocer y a jactarse ante los demás de su propia obra, entregándose a la policía para pagar el precio estipulado de su crueldad; es lo que nos lleva a los eventuales espectadores a sentir una admiración que llamamos morbo ante el horror del crimen. Para atreverse a llevar a la realidad la crueldad de la tragedia y el infierno personal hay que situarse más allá del bien y del mal.

De los ejemplos expuestos sucintamente, ya que a cualquier consumidor de Arte pueden ocurrírsele cientos de ellos, puede deducirse una arriesgada idea. El Arte no es (o no sólo) un constructo humano surgido de la inteligencia y amor por lo bello, que hace al hombre de cualquier época expresarse en las esferas de lo sublime, sino que estaríamos ante una forma de escape de la pulsión natural denostada y reprimida en aras de una convivencia social más ordenada y eficiente. De esta manera, el Arte se revela como algo natural, no mero producto intelectual de una sociedad tamizada en sus sentimientos, sino como la expresión aprobada por todos de una catarsis personal cuya producción y disfrute se han incluido en el marco estético y legítimo del comportamiento autorizado para el bien común. La cultura tiene, lógicamente, un origen naturalmente humano, antropológicamente malvado.

A. GALLEGO

## SOY UNA VÍCTIMA

Reconocer que alguien ha sido una víctima es tan necesario como arriesgado. La Ley de la Memoria Histórica aprobada por el gobierno español tenía como objetivo dar voz a un dolor que fue acallado en favor de un pacto de resiliencia. Las voces opositoras de esta reforma alertaron sobre la posibilidad de que este reconocimiento fuera germen de odios y venganzas. Las víctimas a veces se equivocan al restituir el daño. Porque no es lo mismo reconocer públicamente la situación de víctima, que convertirla en una condición del individuo.

Se es víctima con respecto a alguien o a algo concreto. Pero después de esto, no deberían tener cabida las especulaciones ni los resentimientos. Lo mismo ocurre con la pena: “Gran parte de una desgracia cualquiera consiste, por así decirlo, en la sombra de la desgracia, en la reflexión sobre ella”, recuerda C.S. Lewis en *Una pena en observación*.

El pueblo israelí es el paradigma de cómo ocupar el estatus de víctima legítima cierta impunidad, tanto para el actor, como para los observadores.

Las reacciones de las víctimas tienden a justificarse y esto puede otorgar una falsa carta blanca para amparar actos legal y éticamente cuestionables. Suele ocurrir que la condena a una víctima llegue tarde. Luego, está la victimización como estrategia. El presidente, bajo sospecha, reelegido de Irán, Mahmud Ahmadineyad, intenta convertir a su pueblo en una víctima ante el mundo para conseguir el apoyo a su discurso de rearme nuclear. La misma táctica sigue Corea del Norte. El régimen de Pyongyang mantiene a su población en una abducción victimizadora. Conscientes los dos de la licencia que les da ser víctimas.

Víctimas son también los terroristas que sólo se manifiestan públicamente para reivindicar atentados y apelar a su condición de oprimidos. El día que escribí estas líneas, tres artefactos habían estallado en tres locales de Palma de Mallorca (y una cuarta explosión estaba siendo investigada), tan sólo once días después de que murieran dos guardias civiles por un coche bomba, con el sello de la banda terrorista ETA (Euskadi Ta Askatasuna / País Vasco y Libertad). Es la respuesta a la “represión” de las fuerzas de seguridad del Estado. “Represión”, dicen, porque su terminología es siempre beligerante y

maniquea. Durante los días posteriores, un artículo de opinión de la psicoterapeuta Victoria Mendoza, publicado en el diario Gara responsabilizaba a los políticos de los atentados: “No son los políticos quienes deben determinar cómo resolver el conflicto, no tienen el derecho moral ni la confianza de todo un pueblo, porque no lo han sabido hacer desde un principio y porque, sobre todo, son ellos la causa principal de que haya violencia y motivos más que suficientes para que todas las partes estén encontradas en un conflicto que no tiene razón de ser, porque en ningún momento están actuando con inteligencia y justicia”. La falta de responsabilidad de las víctimas es otro de los rasgos característicos de esa condición institucionalizada.

Perdida tengo la cuenta de los artefactos que estallan cada día en Afganistán, Irak y en tantos otros países donde perviven movimientos que rentabilizan su condición de víctimas. Luego están esas víctimas anónimas que reparten en lo cotidiano escarmientos entre hermanos, madres, hijos y parejas con la impunidad de haber tenido una vida más dura - porque para una víctima lo suyo denotará el grado sumo - que la del resto. Y mientras ser víctima sea una condición, todos tendremos motivos para el odio, porque todos lo hemos sido alguna vez. La diferencia es que algunos decidieron dejar de serlo.

L. PALOMO



## TANDO ODIO, TAN SÓLO POR AMOR

Hablar de Fernando Vallejo significa hablar de la desesperanza, pero una desesperanza que tiene la peculiaridad de no callarse. La desesperanza cristiana por excelencia es aquella que se lamenta en su trastienda y lloriquea, la que tiene el gesto de un jugador cansado que deja caer los brazos, una desesperanza que se tumba a “soportar” la vida. Pero la desesperanza de Fernando Vallejo es distinta: la suya grita pese a la incompreensión en mitad de los desiertos, por su verdad, rompiéndose la voz por el bien de su causa, sin aflojarla cuando comprueba que nadie responde a su grito. Es una desesperanza guerrera: sé que nadie escucha lo que digo pero no por eso aflojo mi pulso, no por eso lucho con desidia, éste es mi corazón, debo ejercerlo: así alza su palabra.

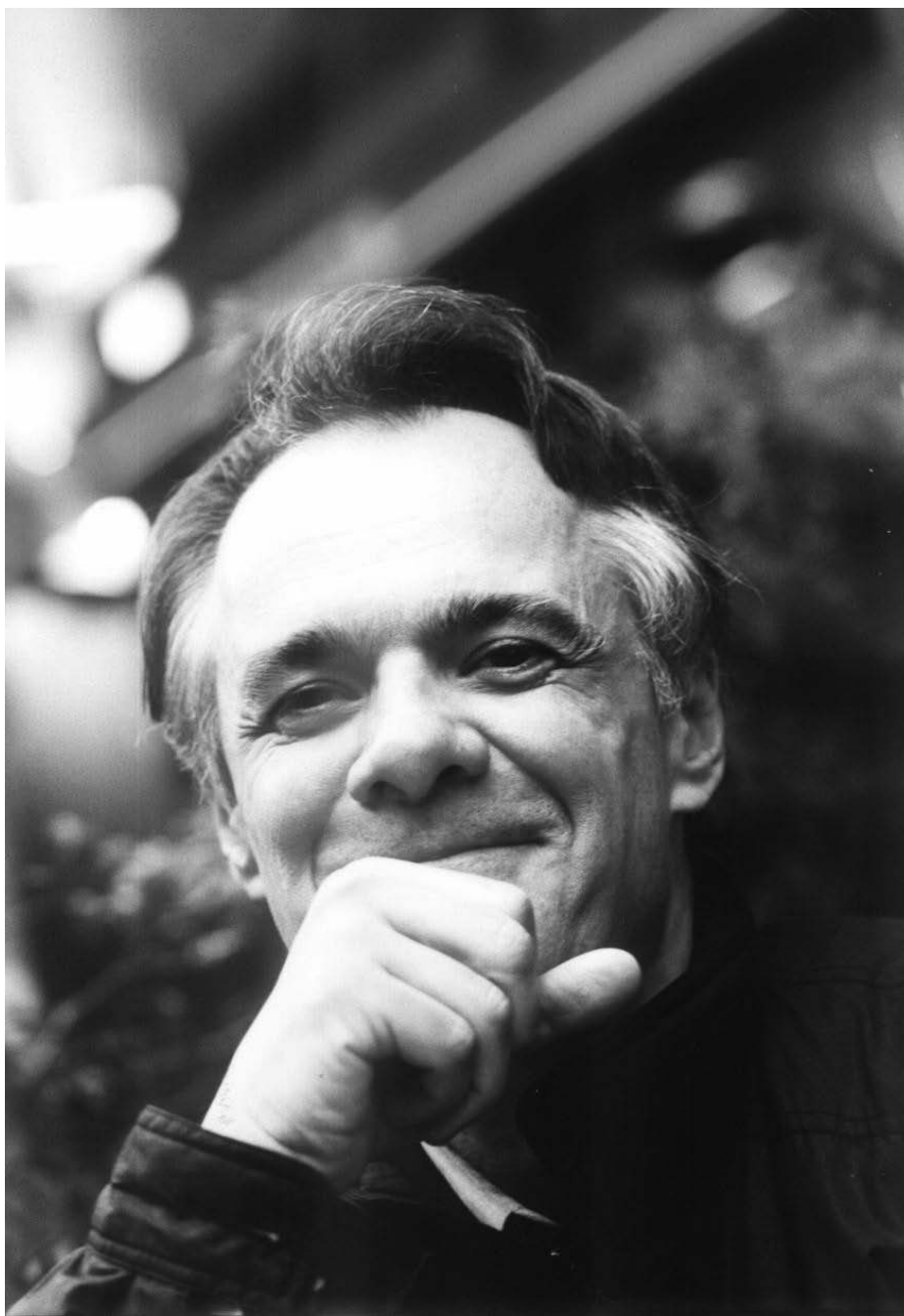
En torno a él se agolpan los eternos insultos de la Iglesia moralina, dichos con toda su alma corta y todo el desprecio que a los hombres nos ha enseñado a tener. Aunque bien es verdad que si no hubiera sido por ella los habríamos encontrado igualmente. ¿Qué voy a decir de la gloriosa institución? Empezar a enumerar sus hipocresías sería convertirlas en un descubrimiento y prefiero presuponer en el lector cierta categoría humana ya que tengo la ventaja de poder inventármelo. Bien, pues dado que usted está de acuerdo con tales evidencias, daré un paso más.

Pululan por estos tiempos post-modernos muchos y muy grandes opositores a Vallejo. Se molestan porque dice los nombres y apellidos de la infamia de Colombia. Ofende que se atreva a amar públicamente más a los perros que a la honorable raza humana. Se encrespan los lomos de los críticos cuando tira por tierra a Dostoievski, los alzacuellos de los curas cuando llama maricas a los Papas, los comunistas, los reaccionarios, los ricos, los voluntarios, las mujeres, los literarios...

Y es que hoy en día la pasión no es seria. Las personas pasionales se observan con una sonrisa incrédula que convierte la radicalidad de su corazón en un espectáculo humorístico. Pero ay, si la pasión se atreve a hablar en alto, con claridad, con nombres y apellidos, si la desmesura se premia en el Rómulo Gallegos y se vende en Alfaguara, entonces sí, nada de risas: radical, inmoral, panfletario, proselitista,

fascista, reaccionario, narciso, provocador, cínico, insincero y malhablado. El individuo de nuestro tiempo debe ser relajado y fácil, debe saber cuestionar sus opiniones, ser elástico y cambiar de vela según la oferta que se ofrezca, ya se trate de la marca de leche o la opinión sobre una guerra. En su vida todo depende, no se aferra nunca a causas demasiado claras ni ve bien que los demás se aferren: somos ciudadanos flexibles de una sociedad pacífica que se horroriza con los crímenes de los lugares lejanos, aunque su horror dure exactamente unos segundos, hasta que salen las próximas noticias y llenan de nuevo su retina con alguna otra imagen impactante. Nos lamentamos de la tragedia lejana pero rechazamos la pasión de quien se entrega con desesperación a alguna causa que se salga de la idiosincrasia en la que nos movemos los individuos del ‘mundo desarrollado’, donde la única razón por la que está legitimado afanarse hasta la obsesión es el dinero.

No es mi intención valorar la moralidad de estas nuevas tendencias humanas, pero ¿saben qué?, que nunca llamaría inmoral a un hombre que se desprende de todos sus derechos de autor para dárselos a los perros de Bogotá,



de Medellín o de donde sea. Y como si oyera vuestros pensamientos: “¿Y por qué no lo dona a los pobres? ¡Con la de hambrientos que hay en Colombia!”. Mi respuesta es ¿lo donas tú a algún sitio? Yo tampoco. Y por eso no pienso en alto interrumpiendo al escritor. ¿Por qué no se lo da a los pobres? Pues porque no le da la gana, porque esa raza traidora es de todo menos merecedora de compasión. Porque no se lo merecen, y es cierto, pues no me podéis negar que no hay nadie más culpable de su mal que el propio hombre. Y la pena que le puedan dar a nuestro autor los más pobres de su país se le pasa enseguida que piense que esos mismos pobres si pudieran y llegaran al poder, serían igual de ladrones que los que hay ahora pudiéndose de lujos. Aunque no, ¿saben qué? Creo que no, creo que a Fernando Vallejo no se le pasa la pena pensando en eso, a mí posiblemente sí, pero a él no.

¿Por qué a los animales? Como dijo Gandhi (citándolo como si no fuera obvio) la grandeza de una nación y su progreso moral se puede medir por

el modo en el que trata a sus animales. O si las citas se cuentan al peso, cómo no aludir a Whitman, o a Nietzsche, o a mi padre, que siempre dijo que una persona que trata bien a los animales no puede ser mala. Pero da igual porque no se trata de argumentos. Para entender esto solo hay que abrir el alma, y eso es algo que no se adquiere con la erudición. Y he aquí la desesperanza: Vallejo trata temas que no se pueden enseñar. Por eso sus lectores no suelen tener término medio, entre ellos casi nunca hay concordia, ni debates, ni reformulaciones; entre ellos hay amantes o detractores pero escasas veces una comunicación: los que lo aman ya estaban de acuerdo con él antes de leerlo, los que lo odian igual, y este es el Desierto. ¿Qué sostenibilidad se le puede conceder a un hombre que dice que un japonés de patas cortas no se puede comparar con una ballena que es grande y hermosa? Desde luego la sociedad no está preparada para su palabra como no está preparada para la de Nietzsche, aunque a éste ya no le insultan porque está muerto, sus libros se publican entre los clásicos y es citado por otros muertos, lo cual no implica en absoluto que se le haya comprendido.

No se entiende, Vallejo, que el odio provenga del amor: nos han enseñado los curas que el amor produce “buenas obras”, de la misma forma que nos han

enseñado que llorar es signo de sufrimiento. Pero yo digo, también gritando en el Desierto, que el llanto no es ni mucho menos la forma más profunda de dolor, que no hay nada tan mezquino como la limosna y que hay quienes aman tanto que llegan a odiar a quienes aman cuando no se cuidan a sí mismos, se destruyen y emponzoñan a otros, como nosotros, los hombres. A todos aquellos que quieren rebajar a Vallejo acudiendo a palabruzcas manchadas ya mil veces por los curas, como “inmoralidad”, yo les digo que detrás del odio de Vallejo hacia su patria, hay un escritor que ha renunciado a venir a España hasta que no se dejen de exigir los visados a los colombianos, y que lo ha cumplido, a diferencia del muy moral García Márquez (buen prosista y postmoderno en su medida). Pero no es que Vallejo no odie a su patria, sino que también la ama, ama la patria que odia. ¡Allí le insultan porque ha renunciado a su nacionalidad colombiana! ¿No entienden que es el que más la ama, pero el amante más dolido? ¿qué corazón sabe sentir ese dolor? Demasiado pocos. Sin embargo, a algunos nos da fuerza aquella voz desesperada en medio del Desierto. Gracias, Vallejo.

M. C. DEL MANZANO

## SOBRE LA PERVERSIDAD, A PARTIR DE POE

En uno de sus relatos más breves hace Poe tema de cierto principio de la acción humana que, al parecer, la razón no podría sino columbrar como "a paradoxical something". Ello no es, por lo demás, otra cosa que una idea, un pensamiento ("although a fearful one"), a saber, el de las indeseables consecuencias que se derivarían de una u otra acción que, en ciertos contextos, se tiene de hecho el poder de emprender pero que, efectivamente, no se querría en absoluto emprender. Lo paradójico es que ese pensamiento, lejos de inhibir, impele por sí mismo a actuar, erigiéndose en una tendencia irresistible cuando no sólo el agente es especialmente sugestionable, sino que la misma situación en que se encuentra es también dada a insinuarle con cierta insistencia la idea en cuestión. La esencial dificultad de entender cómo opera ese principio no es otra, por ello, que la de captar su radicalidad, esto es, su carácter de no ser reducible al también elemental —pero mucho más lógico— impulso de hacer lo que no se quiere por mor de lo que sí se quiere, el cual recibe aquí el nombre que le da la frenología: combatividad. Mientras que, conforme a ésta, en efecto, el mal (esto es, lo no querido: que en el relato se aluda sistemáticamente al mal como "lo no debido" obedece a una contaminación hipermoralista del discurso) no se obra sino con vistas a un bien supuesto, aquel otro impulso, por el contrario, rige un mal autosuficiente en tanto que objeto de la decisión, siendo en consecuencia su virtud esencial la de transformar aquello que el agente no quiere en absoluto hacer en una determinación incondicionada de su voluntad, y, así, en algo que, aparentemente, éste decide hacer por la razón de que hacerlo está mal, y sólo por esa razón.

En consonancia con su prácticamente nulo grado de universalidad y necesidad está el hecho de que sólo en "an appeal to one's own heart" nos sea dado constatar eficazmente la radicalidad de esta propensión, y esto revela, a su vez, cuál es el error de procedimiento que ha originado su proscripción de todos los sistemas intelectualistas: pues, deduciéndolas de aquellas acciones que una buena voluntad podría representarse como posibles, y siendo así que para semejante santo querer "to do wrong for the wrong's sake" nunca podría ser siquiera una alternativa, los frenólogos y los moralistas han quedado así en disposición de imputar al hombre diversas capacidades de hacer tanto el bien como el mal, pero han quedado igualmente impedidos para percibir la inescrutable facultad humana de hacer daño sin otro propósito, facultad con la que, en efecto, sólo un examen empírico que validara los actos por su pura facticidad podría familiarizarnos.

Es precisamente alguien que dice tener "some experience" en las acciones resultantes del consabido principio quien en torno a él discurre en el relato, hablando en primera persona y en respuesta a una cuestión que, si no se le ha planteado, al menos él se hace indirecta y retóricamente: "¿Por qué estás aquí?, ¿cómo has llegado a verte con los grillos puestos y ocupando la celda del condenado (a la horca)?" La forma de la pregunta podría hacernos creer que la narración es la historia de una confesión, pero lo cierto es que la breve crónica del crimen consta en la exposición del encadenado como un elemento no primario de su estructura: el relatador ha declarado haber asesinado a alguien con vistas, según parece, a heredar su fortuna, pero sobre todo, a juzgar por el sumo deleite que se procura reparando en lo bien que ha obrado el mal, por pura complacencia en la maldad bien perpetrada (que es aquella que pasa desapercibida como tal, de acuerdo con lo cual está el que la virtud del asesino consista en lograr hacer pasar por natural la muerte que él ha provocado). La pregunta inquiría, entonces, no por la causa del delito, sino por la menos remota de la autodelación, y su urgencia se fundaba en la invalidez del remordimiento como respuesta. Suponemos,

pues, que su fórmula original debía de ser la siguiente: "Si no por arrepentimiento, ¿por qué has confesado?". La respuesta, forzosamente ineficaz, a esta cuestión es lo que precisamente constituye la exposición del principio de marras, al cual, siendo de suyo inefable, el narrador asigna el nombre de perversidad como el que mejor le conviene.

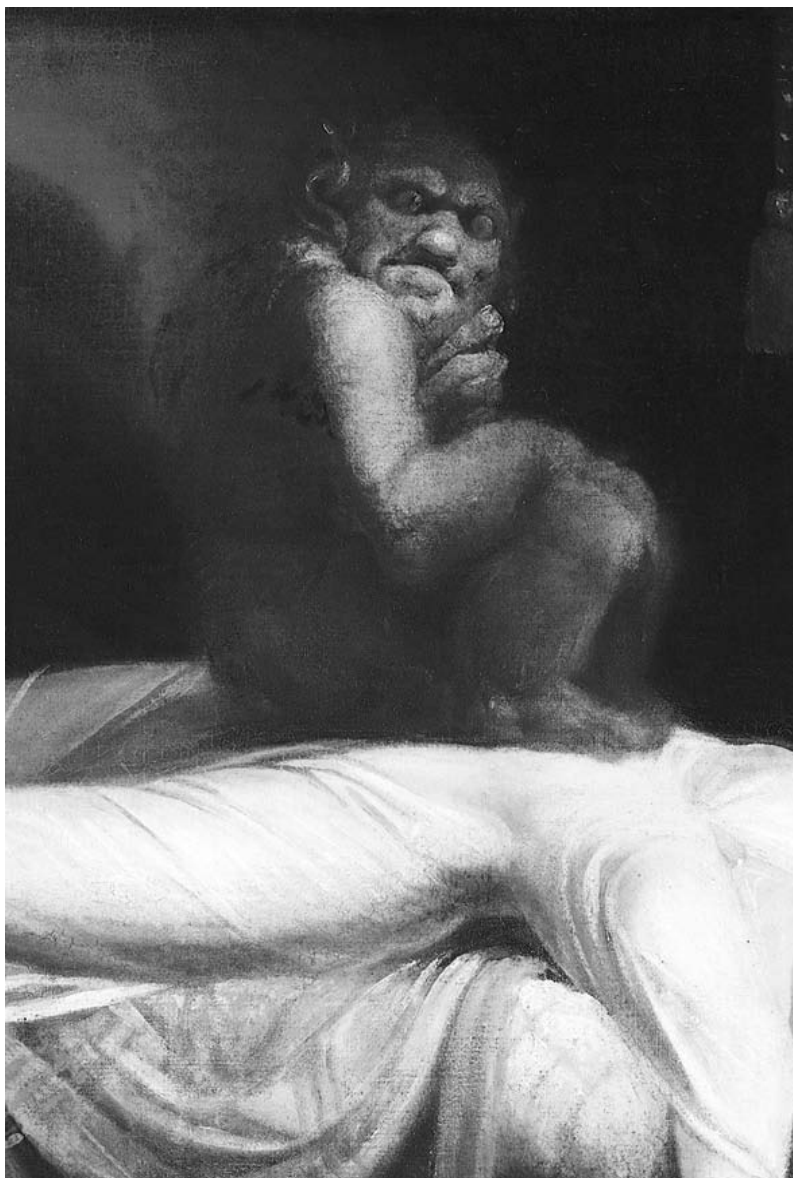
Es perversa —en este sentido— la acción que, en cada caso, se concibe y propone en aquella idea o pensamiento que, como estricta "vis a tergo", golpea nuestra espalda empujándonos a hacer lo que no queremos y, aparentemente, en razón de que no lo queremos hacer. No hay, por tanto, fuerza bruta ni chantaje en la palmada: su violencia es la de la pura sugestión. Pero, ¿quién emite la voz que hace expreso ese pensamiento? Desde luego, no alguien cuya boca uno pudiera acallar mediante ruegos o mordazas, pero tampoco la propia conciencia, pues nosotros, que vivimos el trato con ella como un conflicto en nuestro interior (como un combate en el que, siendo el adversario infatigable, optar por resistirse sin más significa luchar en vano), no somos en el fondo más que sus "many uncounted victims". Así, de esa voz sólo cabe decir que es una manifestación, un rumor

que brota en determinadas situaciones como afección insoslayable de la mente a la que se insinúa. Porque ésta no tiene un origen localizable se dice de quien la articula que es un espíritu, y porque es malvado pero ocupa una categoría subalterna en su afán de diseminar la culpa, es éste referido como un demonio o un diablo ("fiend", "imp"), el cual, no siendo la encarnación misma del mal ("the archfiend") sino uno de sus innumerables vástagos (muchos motivos da el relato para sospechar que en su título se juega básicamente con este significado arcaico de "imp"), y careciendo por ello del serpentino poder de incoar un mal absoluto, se dedica a promoverlo inspirando aquel tipo de malas acciones que, por serlo sólo parcialmente, pueden a veces parecer, desde otra perspectiva, relativamente benéficas. Su carácter es el de un tenaz acosador, que, machacón e impertinente (como la cantinela que no se va de la cabeza), persiste en un mismo requerimiento y nunca cesa. Pero, pues su eficacia es la de convertir las pesadillas del alma en sueños que uno busca hacer realidad, ha de ser también un seductor implacable, diestro en el arte de la insidia, capaz de, deslizándose "by scarcely perceptible gradations" y removiendo así toda resistencia, persuadir de que lo amargo es dulce, lo feo, hermoso, lo malo, bueno.

Cierto que, cuando alguien nos insta a hacer lo que no queremos, podemos,

por lo general, declinar la solicitud o bien, si encontramos motivos para ello, hacer lo que se nos pide. Frente a este perverso demonio, sin embargo, no hay tal elección, pues, consistiendo su poder de convicción en su recurrencia y su progresivo refinamiento, pensar en lo que nos dice, "to indulge, for a moment, in any attempt at 'thought', is to be inevitably lost". La sola forma eficaz de oponerse a él y resistirse a su voz consiste, por consiguiente, en distraerse totalmente de ella, desatenderla de raíz, de modo que, reducida a ruido, no sea ya para nosotros más que un sonido insignificante. Pero, ¿qué llevó al encarcelado, en último término, a consentir en prestarle oídos? Esto lo describe él mismo como "a fit of petulance": si todo hacer lo que no se quiere por la razón de que no se quiere es en verdad un hacer lo que se hace por la razón de que se puede (es decir, una pura exhibición del poder que a uno le constituye), entonces todo arranque de perversidad lo es, en el fondo, de petulancia. Es, por la parte que a él le toca, su soberbia lo que hace del narrador —y de cualquiera— un digno heredero y perpetuador ("imp") de la perversidad, lo que le ha incitado a confesar (ostentar) su maldad, no porque le pese la culpa y desee descargarse de algún modo de ella (esto es, dis-culparse), sino, muy al contrario, por jactancia de ella y deseo de hacerla valer.

E. ISIDORO



## TRABAJO, MALVADA ENFERMEDAD

Puede que en la Etimología, como declara la suya propia (del gr. ant. etimología, del adjetivo étimos 'verdadero', algo así como veridicción o 'diciencia- o razonamiento-de-lo-verdadero'), algo de verdadero subyaga, por lo que, confiando hoy en ello, presento al esforzado lector estos tétricos divertimentos.

'Trabajo', con sus hermanos en las demás romances, parece confirmado que proviene de la palabra bajolatina *tripalium* (de los cuales *tripaliäre* y *trabajar*), con que se designaba un instrumento de tortura consistente en tres estacas a cuyos pies a menudo ardía una hoguera, y al cual se ataba a los esclavos que no trabajaban lo bastante duro (¡maldita ironía!) para complacer a sus amos y señores más crueles, y también al ganado más reacio a calzarse las herraduras, instrumento que de sobra se sabe que es para favorecer el aguante de sus uñas y así hacerlos más aptos para las labores impuestas por el Hombre. No hay espacio aquí para leer algunos de los registros en castellano viejo de las palabras 'trabajo' y 'trabajar' (vaya el curioso, p. e., al Libro de Apolonio 630a, a la traducción de mediados del XIII post del Evangelio de San Mateo 11.28 y al Libro de Buen Amor 1391c, o mismamente al título de lo más fatigoso de Cervantes, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*), pero confíe el lector en que se usa referido al padecimiento y los sufrimientos, de modo semejante en las romances: en ellas el verbo heredero vale por 'esforzarse, fatigarse, tomarse molestias' (portugués, italiano), significando también, y en ocasiones todavía, 'sufrir' (it., catalán y francés medievales) o 'hacer sufrir, atormentar' (occitano, cat. y fr. medievales) y aun 'padecer los dolores del parto' (fr. e inglés medievales, it.); a lo cual es pertinente lo que se sugiere en el Génesis 3.16-19, cuando Dios condena a Adán al Trabajo y a Eva al dolor del parto y la sumisión al Hombre: Trabajo para él, trabajos para ella.

No menos interesante es que las palabras a que vinieron a sustituir casi del todo las bajolatinas *tripalium* y *tripaliäre*, que, como todo el mundo sabe, son *labor* y *laboräre*, ya habían andado un camino semejante, puesto que se usaban, no sólo para el 'trabajo' o 'trabajar', sino a menudo también para referirse a dolores especialmente sufridos de alguna enfermedad (p. e., frecuentemente en Cicerón), junto con los del parto (así, p. e., en Terencio *Andria* 268 y Horacio 3.22.1-3), aparte de malestares psíquicos o mentales, como el agobio o la ansiedad.

En griego antiguo, el término más parecido no sería tanto (*w*)érgon ('obra, acción, hecho'), como *pónos*, que se refiere no sólo al trabajo físico, sino también al natural sufrimiento que conlleva, sin que ni en latín ni en gr. ant. dé en algo semejante al 'cansancio' (para designar lo cual ya están los verbos *fatisco*(r) y *kámnō* respectivamente, con sus parientes y derivados). Curiosamente, en griego antiguo de *pónos* se deriva el adjetivo *ponērós*, que todavía Homero se lo aplica a las obras o acciones (*wérga*) trabajosas, pero que posteriormente se refiere por excelencia a los hombres malvados, quién sabe si por prejuicio aristocrático hacia la clase trabajadora, o si porque el trabajo se sentía como una carga de males o si porque el trabajo estropea el carácter.

En fin, que ya vemos, recurriendo, al margen de nuestra experiencia, al devenir semántico de los vocablos, por qué terrenos se mueve esto del Trabajo y lo nada de bueno que tiene, al asimilarse a los sufrimientos y dolores por un lado y por el otro a la malicia y maldad, por más que se nos predique a todos (universitarios los primeros, que los más habremos venido a la Universidad a buscarnos una colocación) que tener un trabajo es bueno y necesario. Y en el funcionamiento de nuestra sociedad, que hayan llegado a ser incompatibles Trabajo y Enfermedad (en el sentido de que, teóricamente, un trabajador enfermo está dispensado de trabajar) más bien prueba la equivalencia entre ambos, y algo de eso tuvo que haber, cuando, al mes de empezar a trabajar, protestó mi cuerpo enfermando de una apendicitis, que por mi mal hubo de complicarse.

R. DORADO

## FUERA DEL LENGUAJE

Hace relativamente poco tuve una discusión con un colega, profesor de Lengua y Literatura en un instituto de Madrid, acerca de la función de los pronombres personales. La conversación arrancaba de un librito de gramática, aún no publicado entonces, que yo le había dejado para que lo leyera. Este profesor al que me refiero es coautor de un Manual de Lengua para Bachillerato, así que se puede decir que sabía bien de qué se trataba. El caso es que, después de haberlo hojeado, me dijo que el autor (ya lo conocía de antemano) piensa que ha descubierto la pólvora, pero que en el fondo lo que dice ya está dicho: en resumen, que presenta como novedoso lo que no lo es, así que es doblemente ignorante.

Desde luego que yo no pretendía que en el libro se fuera a encontrar grandes novedades, o que el autor echara por tierra todo lo que hasta entonces se había escrito y se sacara de la manga una gramática o un modo de hacer gramática ex nihilo, pero sí me parecía que, a pesar de seguir los pasos básicos que sigue cualquier gramática, se deshacía de ciertos errores y cargas tradicionales que impiden entender lo que se está haciendo cuando se habla.

Uno de ellos, quizás el más fundamental, es que en la inmensa mayoría de gramáticas se habla del lenguaje como una cosa real, como algo que participa de la Realidad, es decir: que la Realidad está fuera del lenguaje y existe con independencia de él, antes que él.

En la breve conversación que tuvimos salió el tema de la anáfora, que yo aproveché para preguntarle si pensaba que los pronombres personales o los deícticos hacían referencia a algo. Él afirmó que sí y me aseguró que los pronombres del tipo de YO o ESTO tienen una función anafórica, es decir: que sirven para hacer referencia a algo que está ya dado de antemano, con independencia del lenguaje, en el contexto lingüístico. Así que si yo digo en este momento 'yo' lo que hago es referirme a mí mismo, pero no como a "cualquiera que sea que esté ahora hablando", sino como a una persona real que existe con independencia del acto de habla, es decir: que me refiero a mí como persona, con mi nombre y apellidos, mi número de NIF y mi fecha de cumpleaños.

Desde luego que éste es un error del que participará la mayoría de

los que lean este artículo, que pensarán seguramente que el mundo en el que viven, las cosas que ven y que les rodean, no son producto del lenguaje, sino que viven de por sí y que están ahí antes, con independencia de su lenguaje. Pues bien, a mí no me queda más que retarles desde este artículo a que lo demuestren, a que traten de demostrar que si alguien me tira una piedra a la cara y me da en ella y me hace brotar roja la sangre de las narices abajo, todo eso pasa con independencia del lenguaje, que todo eso puede pasar sin que nadie lo oiga o lo vea o lo sienta ajeno a ningún tipo de lenguaje. Mientras tanto, yo seguiré pensando que no, que lo que hacemos constantemente es confundir nuestro lenguaje con el lenguaje, creer que el nuestro es el único que hay y que, por tanto, nuestra Realidad es la única posible y que, en consecuencia, existe de por sí; pero que, desde luego, eso no son más que ilusiones nuestras.

Y como esto de hablar se confunde constantemente con aquello de lo que se habla, como se confunde constantemente el lenguaje (que es pura acción) con la realidad (que no es acción, sino significado) voy a darle, antes de despedirme, al gracioso lector una lista de palabras e índices sin significado, para que las medite: 'allí', 'aquí', 'ahora', 'hoy', 'yo', 'tú', 'tu', 'mi', '-ba/-ía' (pret. imperf. ind.), 'David', 'Róterdam', 'Ebro', 'España', 'cinco', 'quinto', 'no', '¿?' (entonación de pregunta).

D. PASCUAL

